

su prisión y ponerle libre, haciendo cesar los horribles padecimientos físicos y morales que le agobian.

El martes pasado, el general ordenó el ataque al fuerte de Palos Prietos, que es el único que guardan los franceses. Palos Prietos está situado á una milla de Mazatlán, y la fortificación de la plaza y la del fuerte estaban perfectamente combinadas, de manera que la última podía ser protegida por la primera, quedando no sólo al alcance de su artillería, sino al de sus rifles.

Se había empezado por determinar que los tiradores de las líneas de Urias y La Piedra molestaran sin cesar al enemigo, á fin de que, acostumbrado á aquel sistema de pelea, se descuidara y pudiera ser sorprendido el día del asalto.

El martes á buena hora, mediante una rápida y oportuna evolución, quedaron colocados entre Palos Prietos y los fuertes de la ciudad tres batalloncitos nuestros, los llamados «Hidalgo», «Degollado» y «Mixto», á las órdenes de Correa; estando apoyados por una columnita de caballería y por el escuadrón Gadea, que mandaba Parra.

Una columna de infantería, á las órdenes del general Márquez de León, y organizada con «Pánuco», «Victoria» y «Cazadores de California», quedó lista para atacar á la fortaleza por el frente y flancos. La reserva la mandaba Rubí, componiéndola dos ó tres batalloncitos cuyos nombres no recuerdo, cinco piezas de artillería de montaña,

el parque general y el escuadrón americano, que estaba á las órdenes del general y del cual formábamos parte *La Simona*, Tolentino, Guerra, Pintado, Dana y yo.

Estábamos pendientes de la orden de ataque, con los caballos listos y las armas preparadas; llovía á cántaros, como si las nubes fueran á desgajarse; parecía el cielo una gran esponja negra que destilara tinta y nos volviera negras cara y manos, y del paisaje no se advertían más que las siluetas de unos cuantos árboles que se recortaban como figuras de un paisaje chino: sólo relucían de trecho en trecho, como enormes pupilas de plata que espieran la extensión, los charquillos que espejeaban dejando salir el *cuac* de las ranas, que á veces parecía el crascitar de cuervos surcando la altura y á veces el mugir de becerros que llamaran á la madre...

A eso de las tres el general recibió aviso de que estaba realizada la operación de envolver el fuerte, é incontinenti ordenó el ataque. Los clarines sobrepujaron con sus notas agudas el chasquido de la lluvia en la tierra; se oyó un grito en todo el campo y empezó la acometida recia, feroz, imposible de evitarse. Los soldados atacaban gozosos y satisfechos, con ese gozo y esa satisfacción que constituyen el triunfo anticipado del que llega y la anticipada derrota del que se ve obligado á marcharse. Veíamos desde nuestro sitio el resplandor de los fogonazos; oíamos gritos, juramentos é imprecaciones; compren-

díamos que se avanzaba y que no tardaría el fuerte en caer en nuestro poder. Hubo momento en que sentimos que retrocedía una columna, que se bamboleaba una fracción bajo el peso de la defensa formidable que se le enfrentaba. Corona me hizo una seña y salió lanzado á escape; se presentó en un momento en que los nuestros parecían abandonar el terreno é irse replegando á sus posiciones.

— ¿Qué sucede? ¡Adelante, amigos; no hay que dejar que nos babosee esta canalla!... ¡Adelante, compañeros! ¿había de hacerse atrás el valiente batallón de Pánuco?

— ¡Adentro, tales! gritaba desaforado un chinacate; ¡el jijo de esto y lo otro que no se meta al fuego verá quién soy yo! ¡Adentro, jijos!...

Los soldados se mantenían á la orilla del foso y parecían resueltos á no vadearlo nunca; Corona, nervioso por las baladronadas del gritón, se adelantó espada en mano hasta ponerse cerca del grupo que se rehusaba entrar al fuego.

— Capitán, esa no es la manera de impulsar á los soldados. Los valientes del batallón de Pánuco no han menester de que se les insulte ni se les amenace: ellos saben cumplir con su deber cuando cuentan con jefes que les conducen á ejecutarlo... ¡Hijos de Sinaloa, adelante; adelante como habéis ido siempre, como habéis ido en Vera-

nos, en el Presidio, en Urias!... ¡Adelante, muchachos, que aquí va vuestro general!...

Y saltó el foso con la espada en la mano, sin que se distinguiera más que la silueta negra de su persona y el rayo ardiente de su acero, que desaparecieron entre la obscuridad de la fortaleza.

— ¡Adentrooooo!... ¡Viva Corona!... ¡Viva México! gritaron á una voz los antes asustados chicos.

— ¡Adentro! gritamos nosotros.

Y entre el fuego y las piedras y las estocadas y los golpes y los rasguños y las voces y la confusión que se desarrollaron en el fuerte, nos calzamos la luneta principal, que era la mejor defendida. La gente francesa hizo gala de su ardimiento tradicional; replegándose á un muro comenzó á hacernos un fuego terrible, y cuando conseguimos acercarnos y evitar la acometida, nos recibieron con la bayoneta calada, entre imprecaciones y gritos de rabia.

Pero como éramos muchos más en número y llevábamos el propósito de quedarnos con el fuerte, acabamos en poco tiempo con aquellos testarudos, que unos por el hierro, otros por el fuego, y casi todos por el fuego y por el hierro, dejaron salir el alma desesperada juntamente con el último voto y la última blasfemia.

Quedamos dueños del fuerte y esperamos á que amaneciera para saber á qué atenernos. El enemigo tenía

— ¡Adentrooooo!... ¡Viva Corona! ¡Viva México!...



interrumpida su comunicación con Palos Prietos, y nada menos que una columnita de cien ó doscientos hombres que pareció querer recuperar lo perdido, se vió obligada á entrar más que de prisa detrás de las fortificaciones.

Pero nuestro caso era curioso: teníamos á Palos Prietos en nuestro poder, y, sin embargo, no podíamos guardarle, pues nos hallábamos en la situación de aquella señora á quien su marido convidaba á tomar pollos y al mismo tiempo, armado de un gran palo, le gritaba con cara de enojo: «cuidado si los catas». Eramos dueños del fuerte, pero no podíamos afirmar nuestra posición porque nos decían «cuidado si los catáis» los cañones de la línea artillada y los de tres buques de guerra que los franceses tenían acoderados por su costado izquierdo.

Corona colocó en sitio oculto y ventajoso al grueso de la fuerza, y destacó á las órdenes de Tolentino á doscientos caballos que debían servir como de cebo á los de dentro: ni uno solo avanzó fuera de las fortificaciones y se limitaron á cañonear desde los muros y la costa á la caballería de Tolentino.

El general deseaba ver si era real ó fingido el abandono de Palos Prietos, y mandó que para comprobarlo nos alejáramos hasta Venadillo, Higueras y Urias.

Yo iba á la retaguardia, en la columna de Correa, que había quedado atrás y aislada. La segunda mitad del batallón Degollado, que estaba á mis órdenes, fué atacada

con brío por ochenta ó cien cazadores de Africa, que salieron de trincheras resueltos á molestarnos cuanto les fuera dable. Íbamos apercebidos para el caso, y sin vacilar hicimos rostro á los que nos acometían. Sable en mano y luego de organizar á la gente esperé el ataque, que se anunciaba tremendo; mas apenas había echado una ojeada sobre los que llegaban cuando distinguí entre la turba, abriéndose paso para salir á primera fila, á un monazo negro, de piernas y brazos flácidos, con el sombrero á media cabeza y el sable vacilante en la mano derecha. Se reía á voz en cuello y podía jurar que me miró y me reconoció diciéndome con sus ojillos bellacos y burlones: «Yo soy quien te trajo por aquí, y que luego de impedirte seguir tu designio, te ha frito la sangre llenándote la cabeza de embelecocos, haciéndote dudar de tu mujer y convirtiéndote en un infeliz sin resorte moral. Podría volverte loco, pero no quiero hacerlo; te tengo compasión y me propongo rebanarte la cabeza limpiamente sacándote de una vez la gusanera que te tiene tan afligido... Yo soy Ginesillo de la Parapilla».

«¡Yo soy Ginesillo de la Parapilla, tasajos!», gritó en realidad el maldito alacranándose el sombrero y haciendo bailar el penco.

No supe qué hacía, no dije nada á mi gente: así podía el maldito haber estado en unión de gigantes que arrojaran lumbre por boca y narices y portaran espadas hechas

de llamas, sin vacilar me habría arrojado sobre él para pedirle cuenta de mi reposo y de mi bienestar. Él, él era quien me había hecho infeliz con sus cosas; él me había dado el filtro mágico que me había hecho perder el juicio; él me tenía enhechizado como lo había estado el pobre *Botas*.

Me precipité sobre el infame Pasamonte, gritándole loco de rabia:

— ¡Ah, ladrón, indecente, te voy á sacar la puerca alma!

Pasamonte me esperó sin alterarse, risueño, abierta la boca, brillantes los ojuelos, el sombrero caído sobre el cuello y pendiente del barboquejo y el sable en alto como para cortarme el resuello. Me fuí contra él y nos pusimos á luchar con brío descomunal; del primer tajo Parapilla me destrozó una oreja, y yo le dí otro rompiéndole el brazo derecho.

— ¡Bandido! gritó atormentado por el dolor. ¡Bandido, me tumbó el pie de la navaja! ¡Ahora verá quién soy... quién es Ginés Martínez!...

Se dirigió contra mí, que sin hurtar el cuerpo le esperé á pie firme. Llegaba con la pistola en la mano, loco de ira y de dolor y blasfemando sin parar. Yo estaba ciego; no miraba la gran masa azul que se movía, no miraba á mi tropa, sólo miraba á aquel pícaro que llegaba disparando tiros trabajosamente; hice avanzar el

caballo; alcé el sable con las dos manos y le partí el cráneo, que sonó como una calabaza *guayeca* al romperse contra el suelo: el tiro de su pistola me hirió de soslayo en el cráneo.

Parapilla cayó, y como todavía caído se moviera le rematé á machetazos hasta convencerme de que estaba bien muerto.

Entonces tuve ojos para ver lo que pasaba en el resto del campo; mi tropita había hecho huir á los sitiados que dejaban en el campo unos veinte muertos mexicanos y otros tantos cazadores de Africa. El auxilio que me prestó el valiente Leonardo Pintado, con su escuadrón de «Guías de la Libertad», me sirvió sólo para rematar la mayor victoria que hubiera deseado obtener.

La fortaleza de Palos Prietos quedó por nuestra. Yo he dejado de recibir anónimos.

Desde ayer soy coronel.

Tu hijo,

Miguel Caballero de los Olivos.

DE EUGENIA Á SU MARIDO

Mazatlán, 1866.

Miguel: me has contristado grandemente con tus celos y tus desconfianzas, y por tu culpa he pasado días y noches muy malos. Papá y mamá me habían prevenido que

no te contestara; pero me he decidido á desobedecerles para decirte desde ahora lo que te he de decir cuando nos veamos; que tiene que pasar tiempo, mucho tiempo, antes de que sepas cuanto ha sucedido; que eres indigno de mi cariño por mal pensado, y que ya que tanto me has hecho sufrir, mereces también sufrir un poco.

Sí, sábelo bien, sábelo sin remedio: he asistido á un francés enfermo, le he prestado servicios, deploro su estado y deploro más que esté destinado á morir dentro de muy poco tiempo.

¿Por qué lo hice? En primer lugar por una razón clara é indudable: porque ese francés nos salvó á tu madre y á mí de una infamia y una deshonra inminentes; luego, por otro motivo que no puedo revelarte, y quizás no te revelaré nunca, porque es un secreto ajeno.

Con esto quedan contestadas todas tus cartas y sobre todo la última, tan impertinente, tan ofensiva y tan indigna de ti, de mí y de nuestro cariño.

Te envía un abrazo de tristeza y de dolor la que fué tu
Génie.

DEL *Nigromante* Á FIDEL

Mazatlán, 1866.

Fidel mío: no sabes cuánto me he reído de ti desde esta mi Tebaida. Tú el juarista, tú el adorador rendido

del gobierno, tú el que no quería «desgarrar el manto sagrado de la patria», tú el que consideraba un Bruto criminal á quien se atreviera á decir una palabra que condujera á la discordia; tú, Guillermo, has resultado á la postre más bruto que nadie y le has dado al famoso manto un desgarrón que no podrá zurcirse con menos de diez bolas de hilo.

Y malo es don Benito, ya lo creo que es malo; pero dejarle por el mequetrefe farfantón de Ortega, es el último extremo de la originalidad.

Pues como decíamos ayer, hijo mío, por aquí todo marcha á pedir de boca, tan á pedir de boca que nada menos acabamos de ocupar al puerto de Mazatlán, — acabamos... como la hormiga: venimos arando — en medio del regocijo de esta población, entusiasta é inficionada hasta los huesos de la más sincera chinaquería. ¡Vaya en gracia!

Las cosas habían llegado á ponerse tan mal para los simpáticos aliados, que creyeron tenían necesidad nada menos que de recurrir á los buenos oficios de los americanos para lograr salir del puerto sin que nadie les molestara.

El nueve de Noviembre, á las cuatro de la tarde, vimos llegar al campamento de Corona, situado en Unión, Villa de Unión ó Presidio, á dos sujetos que, como en el parte del general Mora, por el acento parecían ingleses,